

la aplicación de las penas á los delitos y de las ventajas y necesidades de la codificación.—En la vigésima prima se ocupa de demostrar la utilidad del derecho de gracia que tiene el Ejecutivo, de los indultos, &, &. Si no fuera contrario á la independencia que cada poder debe tener en su órbita, yo admitiría el derecho de gracia; pero este es un grave inconveniente que lo hace insostenible en la actualidad.—En la última lección, por fin, habla de la prescripción, de los procedimientos criminales, etc.; respecto de este punto, me parecen falsas sus teorías, porque yo no creo que el sistema oral sea preferible al escrito; los inconvenientes de aquel, son muy graves.—Este juicio somerísimo de la obra, dará una idea de su mérito; por él se verá que es una obra que se debe tener á la vista siempre que se quiera profundizar alguna cuestión de las que en ella se comprenden. Su orden es claro, su estilo correcto.—Un defecto podríamos tacharle, y es, que desconfiando demasiado de las ideas modernas, es muy adicto á las antiguas; créese ser sensato, exponiendo teorías que han pasado ya; donde principalmente se deja ver como opina el autor sobre estos puntos, es en su tratado sobre delitos políticos; lo que en él dice, es una mentira, que ni él mismo la creía, por mas ilusiones que se hiciera.—Esta obra pertenece por su género, á las filosóficas científicas.

Guadalajara, Junio 20 de 1852.

(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 22 años.

Epoca en que empecé á leer, 1852 Julio 31.

Fecha en que concluí su lectura, 1852 Agosto 4.

UN TOMO

### Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo,

POR J. DON CORTES.

Hace mucho tiempo que deseaba leer una obra del célebre español, que tantos triunfos ha obtenido con sus escritos, y hasta ahora lo he podido conseguir.—Voy á manifestar, franca y sencillamente, lo que juzgo de la obra, cuyo título está estampado al frente de este artículo; ni la fama y reputación de que goza, ni el temor de parecer ignorante, serán parte para que oculte mi opinión. Lo que jamás me había sucedido con la lectura de una obra, me sucedió con la de esta; siempre que voy leyendo un libro, me vá formando una opinión sobre él su lectura, cuyo fin la corrobora; con el *Ensayo* no pude tener una opinión fija; ya me parecía una obra digna de un génio, ya la despreciaba como un tejido de palabras sin sentido; ya admiraba la originalidad del talento creador, ya la juzgaba como un miserable plagio de obras más ó ménos buenas; ya creía ver en su autor al hombre superior que muestra á la humanidad sus llagas y le indica sus remedios, ya le reputaba como un vano declamador, que oculta su ignorancia con

pomposas frases. ¿Provendría tal fenómeno, de que en esa obra hay trozos que merezcan tan contrarias y distintas calificaciones? . . . . . —Pero vamos al fondo de la cuestión: hagamos un somero é imperfecto análisis de esa obra. Su objeto, como su título lo indica, es hacer un ensayo sobre la doctrina católica y racionalista, bajo los nombres de liberal y socialista, en sus relaciones con las cuestiones prácticas, que forman la base de la existencia moral del hombre y de la sociedad; para conseguirlo, expone antes las máximas de aquellas escuelas: lleva al lector al oscuro é intrincado laberinto de la teología, ciencia que oprime al hombre con su peso inmenso; expone los dogmas altísimos del Catolicismo, su ilación lógica y racional, en cuanto es posible, la dependencia que entre todos se encuentra, dependencia manifestada por ocultísimas relaciones que percibe todo entendimiento que no esté preocupado; en una palabra, se ocupa de la parte dogmática del Catolicismo. Deja asentada la verdad, de que la religión es la base de la sociedad y se ocupa luego de demostrar, que Jesucristo y la Iglesia católica triunfaron de los obstáculos naturales, por medios sobrenaturales. Entra luego en la solución de los grandes problemas que han traído al mundo vacilante; la libertad del hombre, la providencia de Dios; la prevaricación del hombre, la culpa original, y trasmisión, etc., y al paso que demuestra la majestuosa sabiduría del Catolicismo en la solución filosófica de todos ellos, hace saltar á la vista, la inconsecuencia de la secta racionalista en su explicación; se detiene con este motivo en la exposición de las horribles doctrinas de Proudhon y otros socialistas; y de todo deduce la verdad de la religión católica en sus aplicaciones á la ciencia política y la falsedad de aquella secta. Este es, en pocas palabras, el fin de la obra.—Teniendo esta, un roce muy inmediato con la ciencia del gobierno, se detiene á veces en su examen, y casi se puede asegurar, que en este *Ensayo*, se han dado

la mano la política y el misticismo. Sus ideas políticas son, en general, retrógadas y falsas; busca el apoyo de ellas en vanas quimeras y brillantes juegos de palabras; se sorprende el lector de encontrar á veces en esta obra sofismas despreciables, que aunque engalanados con el ropaje de un hermoso estilo, se descubren luego en toda su falsedad. No se puede decir, que el *Ensayo* sea una obra meramente religiosa; tiene fines políticos muy pronunciados, pero parece que su autor no se paró en medios para conseguir aquellos.—La audacia en el decir, el atrevimiento en las ideas son cualidades dominantes de esta obra. Hé aquí, porque me parecía á veces hermosa y superior, y otras repugnante y vulgar.—Por lo demás, su estilo es bello, animado, natural, y elocuente; su idioma es purísimo, deleita su castellano. Como obra meramente literaria, merece un lugar distinguido; en cuanto á su bondad intrínseca, ya he manifestado mi juicio. Es elogiada de muchos; yo no podría asegurar, ni que es enteramente buena, ni del todo mala.

Guadalajara, Agosto 5 de 1852.

(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 20 ó 21 años.

Jóvenes, reconoced vuestra dignidad y la santa importancia de los deberes que os impone. El porvenir será lo que vosotros seáis: las naciones serán lo que vosotros queráis que sean.

Sainte Foix.

Señores:

En este día, gozo por segunda vez de la grata complacencia de verme reunido con vosotros, para dar principio á nuestras tareas literarias; en este día, término de nuestra separación he oído de nuevo resonar las voces armoniosas del poeta y las encantadoras expresiones del orador; en este día, finalmente, he visto en vuestros semblantes las señales inequívocas del placer que sentís al ver que la *Sociedad de la Esperanza de Literatura* ha vuelto á abrir sus sesiones; placer tanto mas intenso, cuanto que el deseo que tenéis de progresar en ella, se ha convertido en una ansia, en una sed que os consume. ¿Pues no es cierto, Señores, que ahora, mas que ninguna otra vez, experimentáis una gratísima sensación al consideraros caminando serenos en medio de los escollos, hácia el santuario de la sabiduría? . . . Yo también, á mi vez, dejo correr mi fantasía tras esas halagüeñas esperanzas, y me complazco al colocarme idealmente en aquellas regiones adonde me lleva mi imaginación.

Pero no puedo presentarme en este lugar, sin que recuerde al momento la obligación que sobre mí pesa; mi memoria me manifiesta luego que en este mismo recinto me encomendásteis la formación de un discurso, y que aquí mismo me indicásteis mi nombramiento; nombramiento que me llenó de temor y que hizo retroceder temblando á mi alma al contemplar la magnitud de mi comisión. ¿Y como había de ser de otra suerte? Examiné al momento lo que era preciso hacer para llenarla cumplidamente y lo que de mis débiles fuerzas podía prometerme, y conocí que mi impotencia no me permitía lisonjearme de su feliz éxito por su buen desempeño. Esta fué la primera reflexión, que al indicarme mi nombramiento turbó justamente mi ánimo: reflexión que me hubiera obligado á rehusarme á tal encargo, si razones de mayor influencia en mí, no me hubieran precisado á aceptarle. Ya vosotros conocéis cuales fueron estas: mi constante y siempre progresivo anhelo por los adelantos de la *Sociedad de la Esperanza de Literatura*, adelantos, que según mi opinión, no se conseguirán sino por trabajo infatigable y mútuo de los que la forman, haciendo cada uno lo que su capacidad le permita; el afecto que bajo el triple aspecto de amigos, condiscípulos y consocios os profeso: el conocimiento de que al encargarme la formación del presente discurso, quisísteis también dispensarme el honor de ser, como el órgano de las justísimas, y á la par, dulces sensaciones que ahora ocupan vuestros pechos; he aquí las razones, que haciéndome olvidar el triste y tenebroso pensamiento de mi insuficiencia, me movieron á abrazar, con gusto, la resolución que ahora veis cumplida.

Con el conocimiento, pues, de mi incapacidad, me presento delante de vosotros á daros el parabién por los adelantos ya hechos en esta Sociedad, en el año próximo pasado, y á felicitaros por los que vais á hacer en el presente: progresos, que serán tanto más dignos de elogios, cuan-

to mayores sean los obstáculos con que habéis tropezado; por lo que para estimarlos en su verdadero y justo precio, séame antes permitido pasar rápidamente los ojos por los tiempos de nuestros abuelos, para conocer así, cuales fueron los elementos de civilización que nos dejaron, y examinar si lo que habéis hecho ha sido una como consecuencia de lo pasado.

Demasiado grato y placentero es, considerar que cuando una nación (merced al poco afecto que algunos de sus hijos, tan engañados en sus principios, como corrompidos en sus costumbres, le profesan) se halla destruida por los partidos, desmoralizada por las continuas contiendas civiles, mirada hasta sus cimientos por la falta de leyes justas que atiendan á las necesidades de la época, cercenado su territorio por un puñado de codiciosos aventureros, y siendo cada día más inminente el peligro de perder, del todo, su nacionalidad, por la incorporación del terreno que le queda, al de sus insaciables vecinos, cuando á esta nación no le falta más que un so o golpe para hundirse en el polvo y ser borrado su nombre del catálogo de las naciones libres, grato y placentero es, repito, Señores, considerar que varios de sus jóvenes hijos, arrojando una mirada indagadora hácia lo pasado, presenciando el presente, y contemplando con asombro el porvenir, hayan comprendido su misión sobre la tierra, y las exigencias del siglo en que la Providencia les quiso dar el ser. Examinando ellos la historia de sus predecesores, subiendo de edad en edad hasta fijarse en los risueños tiempos del Imperio Mexicano, solo ahí encuentran una época de grandeza y de esplendor, de la que no quedan sino tristes recuerdos: pasando después sus ojos por las ignominiosas crónicas de la Conquista y de los aciagos tiempos que la sucedieron, ven con la indignación propia de una alma grande y patriota, que la tiranía, la muerte, y aún la infamia, han reemplazado la grande opulencia del Imperio azteca. No encuentran en esta épo-

ca funesta mas que ruinas de edificios demolidos por el brazo del conquistador, sepulcros abiertos para recibir las víctimas de su furor y superstición, tribunales arbitrarios y parciales, que con la negra solemnidad de sus juicios, sembraban por doquier, el terror y el espanto. . . . un monarca sentado en su trono más allá de los mares, dictando leyes despóticas y enriqueciéndose con los productos del suelo mexicano; en una palabra, los miserables habitantes de Anáhuac, sumidos en la ignorancia, resultado necesario de la tiranía, y despreciados de los conquistadores. Tal es el triste cuadro, que á sus ojos se desenvuelve en los bárbaros y dilatados tiempos transcurridos desde 1521, hasta los principios del siglo actual, en que se verificó nuestra gloriosa emancipación.

Ya se deja ver, desde luego, cual sería entonces el estado de la literatura nacional, termómetro seguro é infalible de la civilización de un pueblo: tiranizados los infelices habitantes de la rica y opulenta México por la superstición más horrible, familiarizados con los continuos sacrificios de sangre humana que ofrecían á sus bárbaras deidades, dedicados á las artes mecánicas más bien que á las ciencias que hacen progresar al espíritu humano y adelantar á las sociedades hacia su verdadero fin, que es la civilización, tenían gran necesidad del trato con un pueblo que les enseñase estas importantes ciencias sociales. No se crea, sin embargo, que al expresarme así de los adelantos de la nación mexicana en sus tiempos primitivos, quiera formar de ella un juicio ultrajante; no, yo amo á mi patria y desearía borrar de las páginas de la historia azteca, los sacrificios humanos, las crueldades, la superstición, y tantas otras cosas, que al mismo tiempo que ofuzcan su gloria, demuestran evidentemente el poco conocimiento que tenían de las doctrinas humanitarias, únicas que son una prueba auténtica de la verdadera civilización. El arribo, pues, de los españoles, de los españoles digo, cuyo pueblo ocupaba en

esa época, en el teatro de la Europa, el lugar más prominente, debió ofrecer grande interés, porque no podían fijar allí su residencia, sin que comunicasen á sus vencidos las luces de su país; pero, ¡ahl, esto no fué mas que una ilusión que vino á disipar la triste experiencia de sus comportamientos; pusieron todas las trabas que les sugirió su egoista espíritu para monopolizar la ciencia: hicieron esfuerzos para que los vencidos permaneciesen en su estúpida ignorancia, temerosos, tal vez, de que la luz de la civilización, disipando las tinieblas que ofuzcaban su inteligencia, y rompiendo el velo que encubría la negra política del gabinete español, les iluminase é hiciese conocer sus derechos, pues entonces no bastarían las promesas, no las amenazas, no el estrépito de sus armas, en otras veces tan favorable á sus ambiciosos planes, no la muerte misma, para contener el movimiento de un pueblo, ocasionado por la persuasión de la verdad.

Para la mejor consecución de sus proyectos, para el afiancarse más firme de su gobierno, establecieron un tribunal, que aterrorizando los ánimos de los sencillos indios, los pusiese en la inacción más completa: sabían cual es el influjo que la Religión ejerce en el corazón humano, y aprovechándose de él, establecieron los cimientos de la Inquisición, que debía tener la misma duración que su dominio. Esta, aunque en su principio no tenía más objeto que reprimir las herejías, después de algún tiempo, sirvió también para castigar los crímenes políticos, de manera, que les proporcionaba la doble ventaja de tener siempre los ánimos sumergidos en la superstición y afirmar su gobierno. Los males sin cuento, debían ya ser temidos desde su principio, puesto que servido por dominadores, era fácil conocer que harían sentir su yugo de hierro á los vencidos, á quienes aborrecían.

Pero olvidándonos ahora de sus execrables maniobras, no hagamos más que considerar, cual fué el influjo que

sobre la literatura y civilización, ejerció. Privado el espíritu humano de su libertad, aun para pensar, oprimido por el peso de la conquista, atormentado por los tristes recuerdos de su antigua paz y tranquilidad, no viendo al redor suyo más que hogueras preparadas para el que se atreviera á desprenderse del seno de la superstición, y adornar su alma con los hermosos conocimientos de la verdad, para el que sabedor de sus derechos, los enseñase á sus compatriotas, estaba sepultado en la mansión de las tinieblas y de la muerte, sin que jamás su voz, que es la voz armoniosa de la verdad, osase interrumpir el sepulcral silencio. . . . Ya no se levantaba arrogante y magestuoso sobreponiéndose á los mismos astros, no se deleitaba en la contemplación de la hermosura de la naturaleza, no se ejercitaba en las sublimes meditaciones que tan semejante lo hacen á su Autor. . . . no; colocado por este en un encumbrado sólio, teniendo su poder en sí mismo, y en una palabra, siendo el Vice-Dios de la tierra. . . . tiemblo al decirlo. . . . se arrancó de él, y se precipitó á las regiones de la esclavitud. . . . y allí era su habitación. . . . y allí permanecía llorando; . . . el que había conocido las leyes del universo, el que con atrevido vuelo, se había colocado cerca del trono del Eterno, para conocer su esencia, y rendirle los más justos homenajes de adoración, gemía sepultado bajo pesadas cadenas. . . .

Siendo este el estado lastimoso del espíritu humano, ¿qué se podía esperar de él? ¿Acaso su vigor sería tan grande, que hollando todos los obstáculos que se le presentaran, se dirigiese con paso firme hacia la verdad? No dudo yo, que entre los esforzados hijos del gran . . . hubiese algunos revestidos y adornados á la par de gran capacidad para penetrar por entre las tinieblas que los circundaban, hacía aquellas importantes verdades, cuya ignorancia era el mas firme apoyo del sistema colonial, y de valiente ánimo para que mirando los peligros con la serenidad y aun